

Petateros de San Juan. Últimos herederos del modo de vida lacustre en las inmediaciones de la cuenca de Magdalena, Jalisco, México

The tule weavers of San Juan: the last heirs of a lacustrine way of life in the Magdalena basin, Jalisco, Mexico

 <https://doi.org/10.48162/rev.46.001>

*Ericka Sofia Blanco Morales**

 orcid.org/0000-0001-5763-4483

RESUMEN

Las sociedades asentadas en la región Valles de Jalisco, México, desarrollaron un modo de vida lacustre –acorde con la presencia de un cuerpo de agua conocido como la Laguna de Magdalena– hasta 1940 cuando el acuífero fue desecado. El presente trabajo reconoce las actividades características de la vida relacionada con el agua a partir del rastreo arqueológico, la consulta de fuentes coloniales y un ejercicio de registro etnográfico entre los pobladores de San Juanito de Escobedo, municipio vecino al extinto cuerpo acuífero. Como uno de los resultados, se sintetizó del proceso de manufactura de petates empleando el modelo de cadena operativa. Se trata de objetos tejidos de tule empleados, simbólica y utilitariamente, desde la época prehispánica. El reconocimiento del proceso detonó un nuevo interrogante arqueológico sobre el origen de un espacio de producción localizado en la isla de Atitlán, en lo que alguna vez fue el interior del lago. Allí se encontró la huella arqueológica de un espacio de actividades constantes, destinadas a la elaboración de instrumentos de obsidiana de raspado, corte y raído, que fueron empleados para el aprovechamiento de un recurso lacustre en el mismo lugar.

Palabras clave: Modo de vida lacustre, Occidente de México, actividad artesanal, tejido de tule

ABSTRACT

Societies settled in the Valles region of Jalisco, Mexico had a lacustrine way of life, as indicated by the presence of a body of water known as Laguna de Magdalena, until 1940, when it dried up. Based on archaeological survey, colonial documents, and an ethnographic exercise, this article identifies

* Investigadora Asociada "C" TC. [Instituto de Investigaciones Antropológicas](https://www.institutoinvestigacionesantropologicas.unam.mx/) de la [Universidad Nacional Autónoma de México](https://www.unam.mx/) (UNAM). erickasofiablanco@gmail.com

activities that are characteristic of life near a body of water in the societies settled in the area. This paper's results include the manufacturing process of woven tule objects, presented as a *chaîne opératoire*. The study focused on the woven mats' symbolic and utilitarian uses, beginning in pre-Hispanic times. Recognizing this process triggered a new archaeological question about the origin of a production space, located on the island of Atitlán, in what was once the interior of the lake. There were archaeological remains in a space that saw constant activities: making obsidian instruments for scraping, cutting, and fraying tule, which were used to exploit a lake resource in the same place.

Keywords: Aquatic lifeway, Western Mexico, craft production, tule weaving

Recibido: 28/11/2020

Aceptado: 18/04/2021

INTRODUCCIÓN

En el estado de Jalisco descansa el complejo lacustre más importante del Occidente de México, que se conoce como región de las Cuencas Centrales (Frías-Castro *et al.*, 2013). Ahí, en la cuenca hidráulica de Ameca, se localiza la huella fósil del Lago de Magdalena que, junto con el Volcán de Tequila, fue uno de los protagonistas naturales de la región Valles. Previo a 1940, antes de que medios antrópicos desecaran totalmente el cuerpo acuífero (Domínguez, 2005), la extensión de ese cuerpo de agua alcanzó 55 kilómetros cuadrados, lo cual le posicionó como el segundo acuífero más importante del estado. Su ubicación se encuentra 60 kilómetros al poniente de Guadalajara, entre los confines municipales de Magdalena, Etzatlán, Ahualulco de Mercado, Hostotipaquillo y San Juanito de Escobedo (Figura 1). Es la comunidad de este último municipio la que tendrá principal interés para el presente documento.

Históricamente conocido como el poblado de Atlitic, San Juanito guarda entre la memoria colectiva de sus pobladores el recuerdo de una actividad artesanal lacustre que se disolvió con la pérdida del lago: el tejido de tule¹ para la manufactura de petates². La importancia cultural y económica de la práctica fue tal que incluso les otorgó la denominación regional de «Petateros de San Juan» (Domínguez, 2005).

La elaboración de objetos con hebras de distintos materiales es una práctica de larga data en México. Los objetos tejidos con fibras y/o plantas palustres fueron elaborados indistintamente por grupos nómadas y sedentarios que interactuaron en entornos lacustres. Sus particularidades económicas y cognitivas se explican con el concepto “modo de vida lacustre“, basado en las ideas de García Sánchez (2008), Serra Puche y Sugiura Yamamoto (Serra Puche, 1986; 1988; Sugiura Yamamoto, 2009; Sugiura Yamamoto y Serra Puche, 1983; 1986) que definen los aspectos culturales que, desde la arqueología, la etnohistoria y la etnografía, caracterizan a

las sociedades que habitaron en los humedales del Centro de México desde hace miles de años.

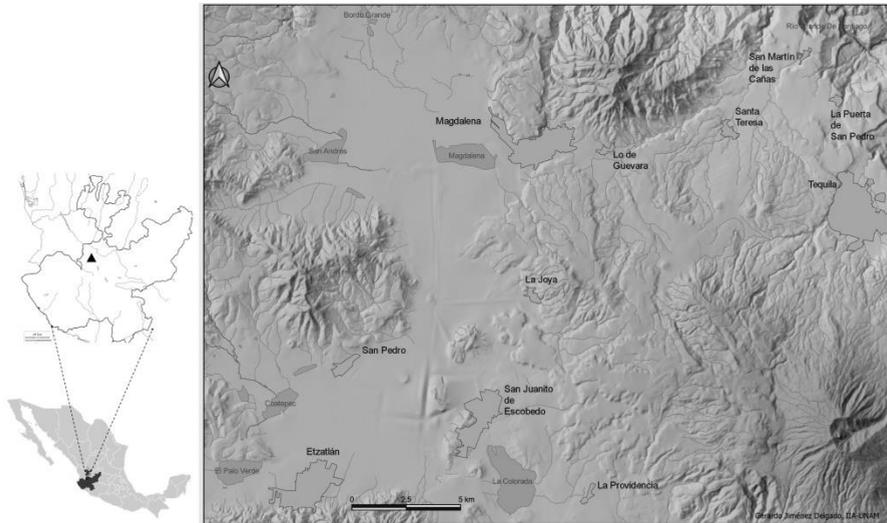


Figura 1. Área de estudio, Cuenca de Magdalena, Jalisco, México. Proyección Gerardo Jiménez IIA-UNAM para Proyecto Dinámicas Económicas de Jalisco. Otras Fuentes: Gobierno del Estado de Jalisco. <https://www.jalisco.gob.mx/es/jalisco/regiones>.

El valor del petate no solo incide en lo utilitario, sus usos a través del tiempo nos evocan aspectos simbólicos que denotan poder político y religioso (Vela, 2020). Conocer a sus productores y los procesos de elaboración, desde la selección de materias primas hasta el tejido y su distribución, resulta fundamental para entender la interacción y procesos de formación de sociedades de Mesoamérica³ hasta el presente.

El presente documento es el inicio de una investigación arqueológica, con implicaciones etnoarqueológicas, para la aproximación explicativa de un contexto de producción prehispánica⁴. Tiene como objetivo contrastar los datos recabados por medio del registro arqueológico y etnohistórico, contra los obtenidos tras un ejercicio de rescate etnográfico del recuerdo colectivo que realicé en el marco de una investigación previa (Blanco Morales, 2018).

En una primera instancia, los resultados permitieron analizar y reconstruir los procesos de manufactura petatera en la región con la herramienta de cadena operativa (Lemonnier, 1986; Mauss, 1947). En la segunda, se generaron interrogantes arqueológicos, cuyo objetivo se centra en rastrear las huellas de las actividades económicas del modo de vida lacustre que, por miles de años, caracterizó a los pobladores de la región. El proyecto inició su exploración en el contexto arqueológico de Atitlán, una isla que se eleva en el lago de Magdalena,

como parte del histórico San Juan de Atlitic. Ahí, los vestigios arqueológicos — acumulación de materiales culturales, huellas arquitectónicas, espacios abiertos y transformaciones antropogénicas— definen cinco conjuntos de espacios de actividades y residencias destinadas al uso público, cívico y ritual, además de habitaciones domésticas y áreas especializadas de producción. Entre toda esa evidencia, se destaca el denominado Conjunto Especializado de Producción y Desecho (Figura 2), lugar en donde se manufacturaron instrumentos mediante el proceso de talla de obsidiana para cortar, raspar y raer, que fueron empleados en el mismo espacio para el aprovechamiento de recursos lacustres (Blanco Morales, 2018; 2019). Igualmente, se han registrado evidencias cerámicas policromas e incisas ubicadas temporalmente entre el 450 al 1500 d.C., así como objetos de basalto, entre los que destacan los de forma esférica con preparado de agarre en la parte dorsal y, en su parte ventral, aplanado con un ligero pulido posiblemente como huella de su uso, que asemejan a los utilizados en el proceso de elaboración de objetos tejidos de tule como los petates (De Lucia, 2013: 359), también conocidos como piedras petateras (Williams, 2020: 24) (Figura 3).

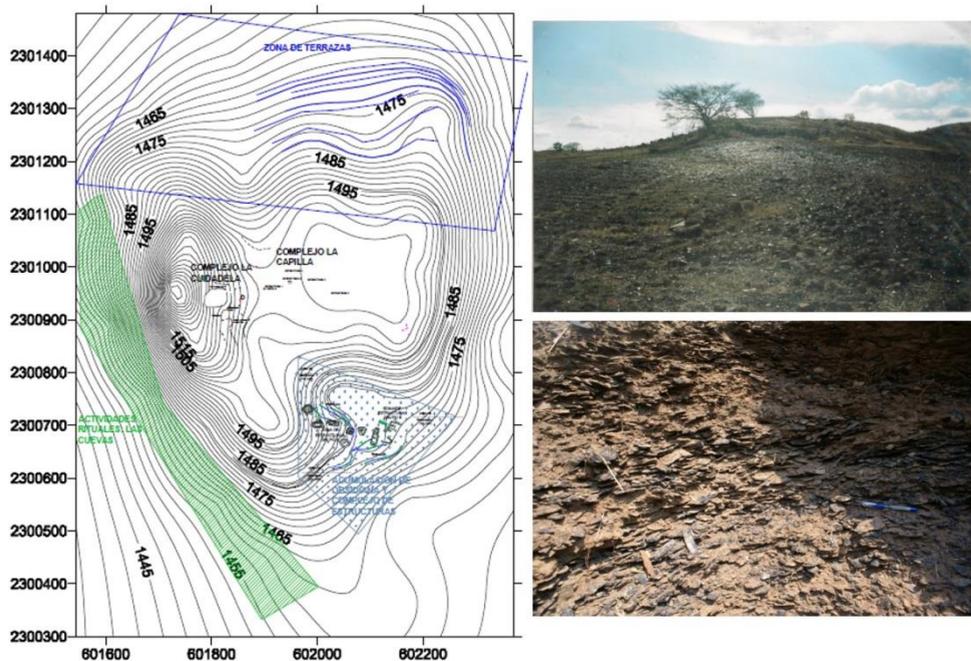


Figura 2. Izquierda: Mapa de distribución de espacios incluido el Conjunto Especializado de Producción y Desecho. Elaboración de la autora. Derecha: Fotografías para ilustrar la extensión de acumulación de objetos de obsidiana y su deposición estratigráfica, isla de Atitlán, San Juanito de Escobedo, Jalisco. Capturas: Rodrigo Esparza López y Ignacia Hernández Figueroa para el Proyecto Dinámicas económicas en la Cuenca de Magdalena, Jalisco.

ETNOARQUEOLOGÍA: ARQUEOLOGÍA, ETNOHISTORIA Y ETNOGRAFÍA PARA EL RECONOCIMIENTO DEL MODO DE VIDA LACUSTRE

En México, las ciénagas constituyen una de las razones vitales para la existencia y pervivencia de los pueblos a lo largo de miles de años (Serra Puche, 1988; Sugiura Yamamoto, 2009:14; Sugiura Yamamoto y Serra Puche, 1983). Estudios arqueológicos, históricos y etnográficos en las zonas lacustres de la Cuenca de México, Michoacán y Jalisco demuestran que el modo de vida relacionado con los entornos lacustres preponderó económica y cosmogónicamente dentro de la dinámica cultural de Mesoamérica y permanece en la actualidad (Brockmann, 2004; García Sánchez, 2008; Gorenstein y Pollard, 1983; Niederberger, 1976; Parsons y Morett, 2005; Rojas Rabiela, 1993; Serra Puche, 1986; 1988; Serra Puche y Valdez, 1986; Sugiura Yamamoto, 2009; Sugiura Yamamoto y Serra Puche, 1983; Sugiura *et al.*, 2010; Williams, 1999; 2005; 2014; 2020).

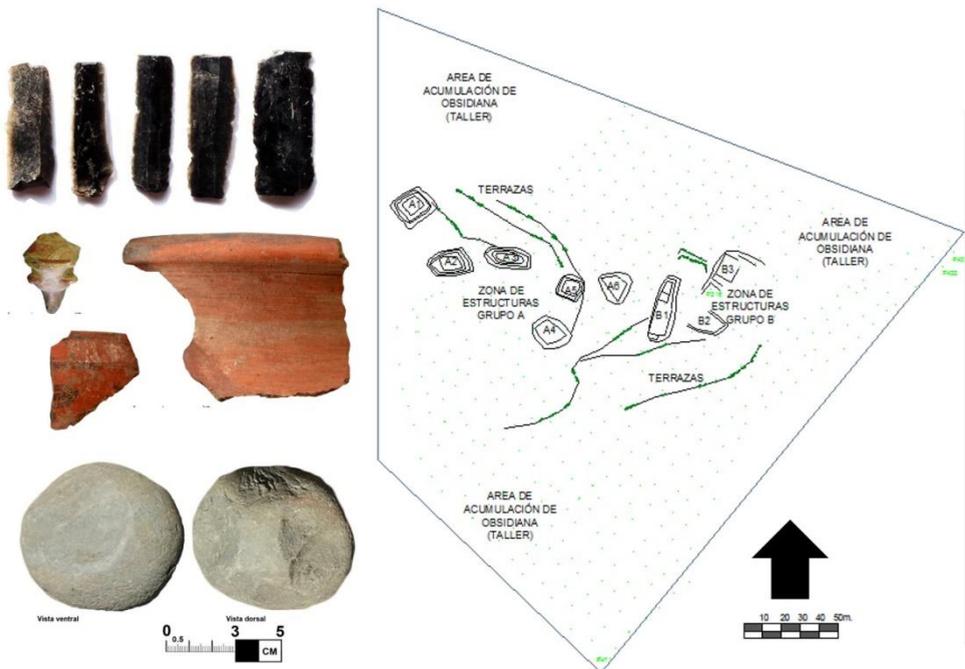


Figura 3. Izquierda: Ejemplo de materiales registrados a nivel de superficie isla de Atitlán, San Juanito de Escobedo, Jalisco. Derecha: Extensión del espacio y distribución arquitectónica del Conjunto Especializado de Producción y Desecho. Fotografías y diseño por elaboración de la autora.

El concepto “modo de vida lacustre” predispone la relación directa e indisoluble entre el ser humano y su entorno palustre, la cual se infiere en la cognición y las prácticas culturales relacionadas con la obtención de alimentos y la producción artesanal de un grupo social (García Sánchez, 2008; Serra Puche, 1988: 130; Sugiura Yamamoto, 2009: 15; Sugiura Yamamoto y Serra Puche, 1983: 17).

En la arqueología como ciencia antropológica (Binford, 1962), el paralelismo etnográfico es una excelente herramienta metodológica (Hernando Gonzalo, 1995) que permite entender y dar respuesta a los cuestionamientos sobre aspectos materiales e ideológicos de estos y otros modos de vida que prevalecen a través del tiempo (Hernando Gonzalo, 1995). La analogía etnográfica puede constituir un marco referencial básico entre las ciencias antropológicas, al establecer bases lógicas y coherentes para dar explicación a situaciones difíciles de analizar, como aquellas prácticas culturales cuyas reminiscencias resultan ciegas al ojo de la investigación histórica y arqueológica. Así, desde la concepción de Carol Kramer (1979) y las aportaciones de quienes lo ponen en práctica en México como Williams (2005), la etnoarqueología reincide en el método analítico, que conjuga a las ciencias antropológicas, para entender aquellos aspectos del comportamiento sociocultural que no dejan traza en el registro material, así como para explicar la concepción de los diversos imaginarios culturales que son imperceptibles para la arqueología (González Ruibal, 2003). Como estrategia de investigación, incluye un acercamiento a las relaciones de la cultura material en el contexto viviente; es decir, infiere en el pasado (Gándara, 1990: 46). Además, contrasta el registro arqueológico, lo ordena y mejora la explicación e interpretación científica (Costin, 2000: 377; David y Kramer, 2001: 2).

De tal suerte, para explicar los procesos de la construcción cultural de la región Valles a partir de los contextos arqueológicos lacustres y sus prácticas culturales a través del tiempo, el ejercicio encara a las ciencias de la antropología, la arqueología, la etnohistoria y la etnografía, a partir del método etnoarqueológico (Williams, 2005). Su aplicación resulta fundamental debido a que el registro arqueológico se enfrenta a condiciones climatológicas que lo afectan, sobre todo en aquellos artefactos hechos de materiales perecederos como madera, textiles o fibras. Este hecho demanda la correlación analítica del trinomio arqueología, fuentes históricas y etnografía para sustentar explicaciones sobre las prácticas culturales y los modos de subsistencia lacustre en el pasado prehispánico (Williams, 2014: 18-19).

Las prácticas culturales relacionadas con la economía y el aprovechamiento de recursos, de igual forma, deben ser sistematizadas bajo un análisis minucioso y es con la aplicación de cadenas operativas como podemos lograrlo (Mauss, 1947). Para García Rosselló (2009), el estudio de las cadenas operativas de fabricación,

enmarcado dentro de las estrategias productivas, nos permite insertar la tecnología en su contexto social. De esta forma se pueden interpretar con mayor precisión los cambios y continuidades manifestados en la producción, así como conocer los aspectos sociales e ideológicos que les dieron lugar (García Rosselló, 2009). Dobres (1999) advierte que, desde la concepción original de Mauss, el modelo hace referencia a dimensiones tangibles e intangibles de la tecnología social y resulta un excelente punto de inicio para el establecimiento de ligas, ya que identifica la secuencia material y, por supuesto, representa a los actores en cada fase del mismo (Dobres, 1999: 129).

La vida lacustre

En el territorio antiguo de México, el modo de vida lacustre se hace presente desde el tiempo de grupos nómades o seminómades (Niederberger, 1976), con una antigüedad entre 6000/5500 y 1500 a.C. (Brockmann, 2004: 17; Niederberger, 1976), y está relacionado con el beneficio que se obtiene de recursos acuáticos, incluidos los de sus inmediaciones como el monte y la planicie (García Sánchez, 2008: 25; Serra Puche, 1986; 1988; Serra Puche y Valadez, 1986: 51). El Valle de México (Parsons y Morett, 2005; Rojas Rabiela, 1993), Toluca (Brockmann, 2004; García Sánchez, 2008; Serra Puche, 1986; 1988; Serra Puche y Valadez, 1986; Sugiura Yamamoto, 2009; Sugiura Yamamoto y Serra Puche, 1983; Sugiura *et al.*, 2010) y las cuencas michoacanas en los lagos de Cuitzeo y Pátzcuaro (Gorenstein y Pollard, 1983: 103; Williams, 1999, 2005, 2014, 2020) nos resultan excelentes referencias. Estas regiones compartieron, según Williams, “una misma génesis geológica y, por ello, una gran similitud en los recursos que albergaban” (2014: 18).

La pesca fue una de las actividades fundamentales. Gorenstein y Pollard (1983) afirman que entre los tarascos –1450-1530 d.C.- el pescado constituía uno de los principales recursos de subsistencia e intercambio. Entre las tareas y oficios de la sociedad, mencionan que existían los pescadores de tiempo completo y los reales, quienes abastecían al rey de pescado y aves (Gorenstein y Pollard, 1983: 109). Por otro lado, también se practicaban la caza y la recolección que, según las fuentes históricas del siglo XVI del Valle de México (Parson y Morett, 2005), se enfocaron en la caza de aves, anfibios y reptiles, y en la recolección de hueva de pescado, insectos acuáticos y sus huevecillos, crustáceos, plantas acuáticas, semillas, tallos y raíces de tules perenes, con fines de su aprovechamiento como recursos comestibles complementarios a los peces y como materia prima para la elaboración de objetos ornamentales y de cestería, elaboración de petates (García Sánchez, 2008) y construcción arquitectónica (Parsons y Morett, 2005: 130; Serra

Puche, 1986: 126). Otra actividad característica es la extracción de sales en los lagos de Texcoco en el centro de México, Cuitzeo en Michoacán y Sayula en Jalisco; la cual se identifica a través de los objetos y las transformaciones del paisaje inmersos en sus procesos denominados “tepalcateras”⁵ o “tlateles”⁶, que son comunes en suelos salitrosos de las playas lacustres y/o de desecación (Liot, 1995, 2005; Noguera, 1975; Rojas Rabiela, 1993; Williams, 1999).

HALLAZGOS ARQUEOLÓGICOS DE LA VIDA LACUSTRE EN LA REGIÓN VALLES

La región Valles se localiza dentro del área cultural mesoamericana del Occidente. A lo largo de miles de años, su territorio sirvió para el desarrollo de diversas sociedades. El sistema de interacción social está demarcado por una amplia distribución de elementos arquitectónicos compartidos y por la movilidad económica de productos útiles y suntuarios, incluidos los elaborados con recursos lacustres. A partir de las exploraciones de Carl Lumholtz (1904), los pueblos del Occidente llamaron la atención en el mundo por las llamativas formas mortuorias de las tumbas de tiro que caracterizan a las tradiciones tempranas, ubicadas temporalmente entre el 200/350 a.C. y el 400 d.C. La complejidad y variabilidad de los asentamientos posteriores (450–1100 d.C.), así como los avances tecnológicos de los materiales culturales y los mecanismos de aprovechamiento del entorno, comenzaron a ser dignos de resaltar. Los asentamientos más antiguos los reporta Joseph B. Mountjoy (2000: 83) en el área de la bahía de San Blas, dentro de la zona costera comprendida entre Nayarit y Tomatlán, y en Ixtapa, en Jalisco. Las secuencias cerámicas ubicaron la ocupación prehispánica a partir del año 1000 a.C. (Mountjoy, 2012), periodo en el que se considera la primera tradición arqueológica acuñada por Isabel Kelly (1980) en Colima: la Tradición Capacha. Desde ese momento hasta la llegada de los españoles, las actividades lacustres reconocidas arqueológicamente se evidencian a través de actividades de obtención de alimentos y manufactura artesanal.

El aprovechamiento salinero es evidente —entre otras transformaciones del espacio— por la acumulación de cuencos cerámicos de manufactura burda, que se registra en el paleolago de Sayula desde época temprana hasta hace aproximadamente 40 años (Liot, 1995, 2005).

La pesca está presente desde los asentamientos tempranos. Los materiales relacionados con la actividad son puntas líticas, principalmente de obsidiana, figurillas antropomorfas alusivas y tiestos cerámicos retrabajados de forma circular, que se relacionan funcionalmente como pesas para redes (Sugiura y Silis,

2009: 268-269; Williams, 2005). Todos estos objetos fueron recuperados en el sitio Guachimontones (Blanco Morales, 2018) durante su ocupación entre el 200/300 a.C. y el 300/400 d.C. (Beekman y Weigand, 2008) (Figura 4). Testigos de la misma actividad son los anzuelos de metal, uno de los cuales se registró en un contexto doméstico en el mismo sitio (Blanco Morales, 2010) pero en la última ocupación, ubicada temporalmente entre el 900 y el 1100 d.C. (Herrejón y Smith, 2004).

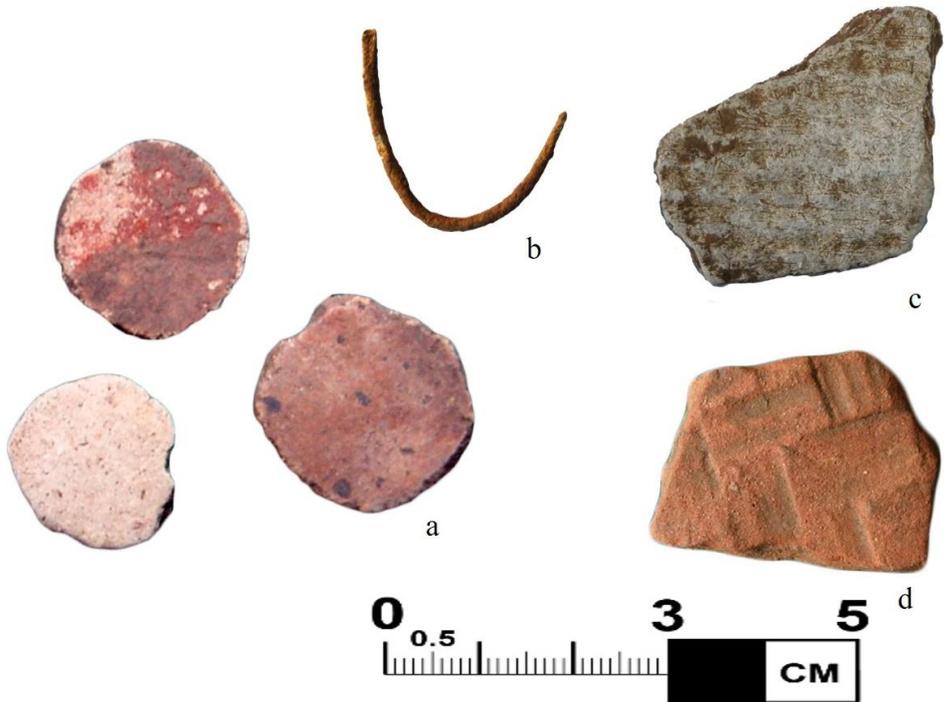


Figura 4. Material arqueológico con evidencia de actividades lacustres en la región. Procedencia: Sitio arqueológico Guachimontones: a. Pesas de red; b. Anzuelo; c. Tiesto con impresión de objeto tejido y del Sitio arqueológico Palacio de Ocomo; d. Tiesto con impresión de metate. Fotografías y diseño por elaboración de la autora.

Por su parte, la cestería, pese a la particularidad orgánica del tejido de fibras que no permite su conservación en el contexto arqueológico, se hace presente en impresiones encontradas en tiestos cerámicos (Blanco Morales, 2018), entre los que destacan uno localizado en el sitio de Guachimontones y otro registrado en el contexto del Palacio de Ocomo, ubicado temporalmente entre el 650 y el 800/850 d.C. (Smith, 2010), cuya impresión muestra un tejido de petate simple “dos por dos” (Serra Puche, 1988: 136).

La agricultura hidráulica también es un testimonio. Su huella está presente al norte del territorio fósil del cuerpo acuífero de Magdalena y fue descubrimiento de Phil Weigand, gracias a una fotografía tomada desde un vuelo en helicóptero (Weigand, 1994). Dentro de su contexto, se describe la existencia de cientos de artefactos de obsidiana para la caza y la pesca, así como piedras de honda (Stuart, 2003) relacionadas con la caza de aves (Vega Hernández, 2002) y también registradas recientemente en la superficie de la isla de Atitlán⁷ (Figura 5).



Figura 5. Objetos de basalto. Hondas, localmente conocidas como pateras, isla de Atitlán, San Juanito de Escobedo, Jalisco. Fotografía de la autora.

Otros indicios son las inferencias de mecanismos de movilidad a través del lago. Weigand reporta embarcaderos tanto en la isla de Atitlán como en las playas cercanas a los sitios asentados en los alrededores del lago (Weigand y García, 1996).

ETNOHISTORIA: REMINISCENCIAS LACUSTRES EN FUENTES COLONIALES, CARTOGRAFÍA Y OTRAS REFERENCIAS

Las fuentes pictográficas, cartográficas y escritas de la época colonial muestran algunos indicios de la presencia del lago y sus habitantes. En Occidente, la primera presencia española se constata en 1524, cuando Francisco Cortés, primo y lugarteniente del conquistador, dirigió un ejército en dirección al norte desde Colima. De la expedición surge la *Relación de visitación* de Gonzalo Cerezo y Diego de Coria de 1525, con el objetivo de realizar un censo de población en la región que incluía las localidades laguneras de Magdalena (Domínguez, 2005: 25-26; González Romero *et al.*, 2000: 16-17; Guzmán y Cortés, 1937 [1531]). En este documento se menciona al poblado de Etzatlán como cabecera de la provincia, que incluyó como parte de sus localidades a Ocotitlán y Atitlán. En los reportes del censo, los encomendados describen una gran laguna de agua dulce y algunos aspectos de la forma de vida de los habitantes como la obtención de recursos lacustres, la presencia de “tianguis”⁸, la organización de asentamientos y el número de familias que habitan cada uno⁹ (Guzmán y Cortés, 1937 [1531]). Propiamente, sobre la isla de Atitlán se menciona:

“Vesitó el dicho señor este día un peñol que tiene en dicha laguna, muy poblado, que se dice Atitlán, una legua de la cabecera que le cerca el agua; es de media legua de boxo, l cual dijo que tiene LXX casas, e visto por el dicho vesitador le pareció que tiene doscientas y cincuenta casas e quinientos hombres, y esta gente que está en este peñol es de la cabecera que por medio de las guerras se metieron dentro, y tienen sus labranzas fuera de las tierra, las casas deste peñol son las paredes de piedra y la cobertura de paja, hay pues a manera de los Calna y las piedras labradas; está este peñol dos tiros de la ballesta de la tierra firme, tratan de mucho pescado, los mas destos son nagueatatos” (Guzmán y Cortés, 1937 [1531]: 558-559).

Asimismo, aluden al consumo de pescado, maíz y algodón (Guzmán y Cortés, 1937 [1531]): 559) por los pobladores de Tezontepeque -posiblemente el actual poblado de San Pedro, ubicado en la parte oeste del lago- y del peñol de

Tenyca, actualmente Santiaguito, ubicado al noroeste de la isla de Atitlán; ambas localidades de San Juanito de Escobedo (Guzmán y Cortés, 1937 [1531]; Ramírez Flores, 1980).

Decenios después, *Las Relaciones Geográficas del siglo XVI: Nueva Galicia*, elaboradas por orden de Felipe II en 1579, muestran el panorama en 1575 (Relaciones de Ameca, 1579 [1988]). En general, se describe a la gente, el modo de vida, la organización social, las prácticas culturales, cívicas y religiosas, la vestimenta, los roles de trabajo y las características constructivas de los asentamientos y espacios de habitación. Pese a que no se hace referencia a la presencia del lago ni a la vida lacustre, encontramos algunos remanentes de abastecimiento de recursos de entorno acuático, como aves para ornamento y consumo, así como del uso de petates (Relaciones de Ameca, 1579 [1988])¹⁰. Casi un siglo después de la llegada de los españoles a la región, *La Crónica miscelánea, en que se trata de la conquista espiritual y temporal de la Santa provincia de Xalisco en el Nuevo Reino de la Galicia y Nueva Vizcaya y descubrimiento del Nuevo México*, de Fray Antonio Tello (1650-1653 [1891]), describe los acontecimientos inmediatos a la llegada de los europeos al Occidente. La colección de Tello se conforma por tres tomos, y fue gracias al descubrimiento y publicación del facsímil del tomo II que se clarificaron varios datos etnohistóricos que permanecieron a oscuras durante siglos. Un ejemplo es la existencia del lago de Magdalena que, por su ausencia en las *Relaciones Geográficas*, se pensó era un cuerpo de agua que se había acumulado después de la llegada de los españoles. Inclusive los pobladores aledaños lo situaban en una fecha reciente. El descubrimiento de la crónica de Tello termina con esa errada idea al referirse al lago cuando narra la expedición de Nuño de Guzmán (López Portillo y Riojas, 1891: VIII). Su relato dice:

“Fué marchando cuatro leguas por un valle muy fértil, de muchas aguas y fuentes, y llego al pueblo de Eatzatlán a las tres de la tarde, y su laguna, cuyas islas estaban muy pobladas de gentes, y como iba allí Juan de Escarcena, su encomendero, que fué de los capitanes de Francisco Cortés, cuando ganaron esta provincia cuatro había, hízole muy solemne recibimiento por los señores del pueblo, con muchos arcos, muchos bailes y presentes de cacao, pescado blanco y ropas...” (Tello, 1891 Cap. XXXII: 87).

Por su parte, existen fuentes pictóricas con referencias al lago y sus dos islas: la sureña, la isla de Atitlán; y otra al noroeste, posiblemente Tenyca, Santiaguito (Calderón *et al.*, 1984). La Pintura del Reino de la Nueva Galicia

(Figura 6) del Archivo General de las Indias traza la configuración de la región entre 1540 y 1550 (Weigand y García, 1996: 56-57). El esquema sirve como referente a la ubicación de asentamientos, pero debe tomarse con cautela pues, debido al desconocimiento de su origen y objeto prístino, los topónimos pueden referirse a los nombres actuales de algunas localidades. El mapa de *Ortelius Hispaniae Novae Sivae Magnae Recens at Vera Descriptio* de 1579 (Figura 7) presenta con bastante exactitud cartográfica los sitios y algunos topónimos.



Figura 6. Mapa de zonas limítrofes entre las Audiencias de México y Nueva Galicia, levantado a mediados del siglo XV (1542-1550?). Autor Anónimo en *Cartografía Histórica de la Nueva Galicia*, Universidad de Guadalajara, Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla, 1984, página 23, figura 10.

La toponimia es un instrumento de aproximación física del entorno, de acuerdo con Moreno Toscano (1969: 1), cuando cita: “el nombre de los lugares resulta para el etnohistoriador un documento histórico que debe aprender a leer”. La manera en que las sociedades designan un nombre para un espacio o sitio traduce sus impresiones, preferencias y el uso destinado del mismo. Los topónimos en Jalisco son palabras adoptadas de la lengua náhuatl, cuya máxima distribución se alcanzó a la llegada de los españoles, al igual que aquellas provenientes de la lengua castellana. Los topónimos de origen náhuatl tienen, por lo general, dos

componentes: 1) un sustantivo, con o sin adjetivo, como prefijo y 2) un locativo verbal, es decir, un sufijo con una denotación locativa que puede ser tan variada como el universo de palabras que existen en náhuatl (León Portilla, 1982: 37; Macazaga Orduño, 1979: 15).



Figura 7. Una de las primeras representaciones cartográficas del país *Hispaniae Novae Sive Magnae Recens et Vera descriptio*. Abraham Ortelius. 1579.

En la zona de estudio existen referencias a nombres antiguos con el prefijo *a - tl*, que hace alusión al “agua” (Sullivan, 1998: 30). Uno de estos casos es el nombre de Atitlán: el nombre se deriva del náhuatl y significa “lugar entre aguas” o “lugar junto al agua”, ya que cumple con la estructura *Atl*, “agua”, y *titlan*, “entre” o “lugar de”. En el suroeste de Mesoamérica, en Guatemala, existe un lago en cuyos límites se eleva un volcán y una localidad que llevan el mismo nombre: Lago de Atitlán, Volcán de Atitlán y Santiaguito de Atitlán, respectivamente (Paz Jaenike, 1997). Otro topónimo con el mismo prefijo es el nombre antiguo del pueblo de San Juanito de Escobedo: *Atlitic* o San Juanito de *Atlitic* (Domínguez, 2005). En el centro de México existe una localidad bajo la misma denominación, salvo que le antecede el nombre en castellano: Santa María Magdalena *Atlitic*. Este último es un vocablo náhuatl que en las referencias más comunes se interpreta como “piedra en el agua” o “piedra del agua”; sin embargo, estrictamente el sufijo

tlitic significa “interno” o “dentro”, por lo que debería traducirse como “en aguas adentro” o “dentro del agua”.

En la tabla 1 se presentan la toponimia y los significados de los nombres de los demás pueblos asentados alrededor de la Laguna de Magdalena y zonas cercanas, los cuales, en su mayoría, hacen referencia al entorno lacustre.

Nombre actual	Nombre antiguo	Otra referencia	Ubicación temporal del topónimo	Composición	Significado
La Otra Banda / Las Cuevas	<i>Atitlán</i>		Prehispánico	<i>Atl</i> - "agua" <i>títlán</i> - «lugar de» «junto al lugar de»	Lugar entre aguas, Lugar junto al agua
San Juanito de Escobedo	San Juanito de <i>Atlitic</i>	<i>Atlitic</i>	Español / Prehispánico	A - agua <i>tlitic</i> - "interno" "dentro"	Dentro del agua
Magdalena	<i>Xochitepec</i>	<i>juchitepeco o xochptque</i>	Prehispánico	<i>Xochi</i> - "flores" <i>tepec</i> - "monte"	Monte florido, Cerro de las flores
Ahualulco	<i>Ayahualolco</i>		Prehispánico		Lugar que rodea el agua Lugar coronado de agua
Etzatlán	<i>Izatlán</i>	<i>Itzatlán</i>	Prehispánico	<i>Eztlí</i> - "sangre" <i>atl</i> - "agua" <i>tlan</i> - "lugar de" "abundancia" <i>Itzas</i> referente a grupos toltecas	Lugar de agua de sangre Lugar de los Ytzas
Oconahua	<i>Oconagua</i>	<i>Ocomo</i> (Ortelius 1579)	Prehispánico	<i>Ocotl</i> - "pino" <i>naua</i> - "lugar"	Lugar rodeado de pinos
San Pedro	<i>Tezontepeque</i>		Prehispánico	<i>Tezon</i> - "Tezontle" <i>co</i> - "en que" <i>tepec</i> - "cerro"	Cerro de Tezontle

Tabla 1. Toponimia de los pueblos asentados en los alrededores de la Laguna de Magdalena, Región Valles, Jalisco. Elaboración de la autora basada en: León Portilla, 1982; Munguía, 1984; Paz Jeanike, 1997; Sullivan, 1998.

RESCATE ETNOGRÁFICO DEL RECUERDO LACUSTRE

Si bien el cuerpo de agua de Magdalena se perdió en su totalidad hace no más de 80 años, ahora, en el siglo XXI, podemos considerar que las actividades relacionadas con el medio lacustre son menores. No obstante, el recuerdo de la vida relacionada con el agua aún prevalece en algunos pobladores, sobre todo personas de edad avanzada quienes convivieron con el lago en su niñez y parte de su

juventud. Así, el rescate del recuerdo social (Williams, 2005) fue la estrategia que permitió reconocer aquellas prácticas culturales relacionadas con la obtención de alimentos y la producción artesanal que existieron en la región en vísperas de la desecación. La herramienta básica fue la entrevista abierta a seis locatarios del actual pueblo de San Juanito de Escobedo¹¹ (Figura 8). Las preguntas giraron en torno a cinco temas: 1) el recuerdo de la vida con la laguna de Magdalena, 2) la descripción de los pueblos ubicados a sus orillas, 3) los alimentos que se aprovechaban, 4) las prácticas artesanales y los instrumentos involucrados, así como 5) las actividades específicas que se realizaban en Atitlán.



Figura 8. Fotografía de cuatro de las cinco personas entrevistadas. De izquierda a derecha: José Domínguez Ocampo, Ramona Pacheco Delgado, Carlos García Delgado y José Cruz Hernández Figueroa. (Dos personas que brindaron testimonio escrito no fueron fotografiadas) Captura: Yazmín Hernández y Ericksa Blanco, 2013 para proyecto Dinámicas Económicas en la Cuenca de Magdalena, Jalisco.

Las respuestas arrojaron datos interesantes relacionados con la concepción del entorno. Todos los entrevistados coincidieron en que el lago era un medio para subsistir, del que obtenían una amplia gama de recursos comestibles y útiles para la industria, además de servir como zona de paseo y recreación. La manera de trasladarse era por medio de canoas de madera que movilizaban con remos o palancas. En combinación con la agricultura extensiva, de traspatio y ganadería, las actividades de abastecimiento de recursos relacionados directamente con el medio lacustre eran la caza, la pesca y la recolección.

La caza consistía en la captura de aves, animales semiacuáticos y animales terrestres. Los recursos comunes que obtenían de esta práctica eran garzas (*Ardea alba*¹²), huilotas (*Zenaida macroura*), patos (*Anas acuata*), gallaretas (*Fulica*

Americana), nutrias (*Lontra longicaudis*), conejos (especie no identificada), venados (*Odocoileus virginianus*), armadillos (*Dasypus novemcinctus*), tlacuaches (*Didelphis virginiana*), roedores y gatos monteses.

La pesca de peces, anfibios e insectos les permitía obtener principalmente carpas (Cyprinidae), mojarras, pez blanco, charal, ranas y culebras. La práctica se llevaba a cabo con redes y, en menor medida, con el uso de las manos, tomando a sus presas una vez que se atrincheraban entre las piedras de las zonas menos profundas.

El medio permitió también la recolección de plantas, frutos y huevos de pescado y de aves. Entre estos recursos estaban disponibles plantas acuáticas sumergidas, como algas, y expuestas, como el tule boludo (*Schoenopletus tabernaemontani*) y el tule ancho (*Typha latifolia*), así como los huevos de gallareta y de pez para consumo humano. Las personas que se dedicaban a recoger los huevos de pato los ponían alrededor de la zona de la laguna para venderlos. Otras tantas, recogían leña de savia y la ofrecían a los habitantes de la parte alta del pueblo.

Según Jesús Hernández, era común que los locatarios ofrecieran a los extranjeros un paseo por la laguna a cambio de una remuneración; dicho paseo incluía la zona de las Doce Cuevas, en la isla de Atitlán (Figura 9). La Otra Banda, como localmente llaman a la isla, era un lugar de descanso que desde San Juanito de Escobedo se veía adornado por plantas de tule que crecían a sus orillas. Los entrevistados de edad más avanzada, como María La Estrella, el señor Domínguez y la señora Ruiz, recuerdan una casa en la punta elevada, a la que era común ir a pasar un día de campo familiar que podía extenderse hasta la noche. La refirieron como un lugar donde vivían “los indios”, desplazados por los españoles hacia Magdalena y San Juanito de Escobedo, en ese entonces Atlitic.

La dieta común de las familias consistía en tortilla de maíz, frijol, café, leche y atole blanco, y como postre “gorditas de panocha”, subrayó la señora María La Estrella. En lo que se refiere a carnes se alimentaban de algunos animales criados en casa o de animales obtenidos por la caza como güilotas, conejos y venados; además de pescado y pato obtenidos en la laguna. El trabajo se podía dividir según el género. El hombre era quien solía salir y realizar las labores agrícolas en el campo, así como pescar, cazar y obtener tule y leña. La mujer se dedicaba a las labores de la casa, recolección, cuidado de la cosecha familiar, confección de prendas y en algunos casos a la elaboración de petates y tejido de sopladores. Se cocinaba con leña en braceras, utilizando cazos o utensilios de cobre. Para la elaboración de la tortilla, molían el maíz en *metate* para obtener el *nixtamal* y posteriormente tortear a mano con comal.



Figura 9. Vista de la isla de Atitlán antes de la desecación del lago. Colección de José Domínguez Ocampo. Digitalización y donativo por Iván Ruíz Gutiérrez al proyecto Dinámicas Económicas de la Cuenca de Magdalena, Jalisco.

La producción artesanal que les denominó como Los Petateros de San Juan

La referencia de la actividad artesanal más destacada, la elaboración de productos tejidos de plantas lacustres tales como el tule, fue completa y precisa. Trajo a la luz actividades y fases dentro del proceso de manufactura que antes no eran conocidas en la región (Tabla 2). Alrededor del 80% de las familias manufacturaban “tumpiates”¹³, pero sobre todo petates. El cronista Domínguez asegura que, debido a que los talleres se encontraban en las casas, era común escuchar desde la madrugada el golpeteo de los instrumentos de basalto utilizados para aplastar la planta durante el tejido, las llamadas “piedras petateras” en otras regiones lacustres del estado vecino de Michoacán (Williams, 2020:24). Así, el tule resultó ser un beneficio económico tanto para los artesanos productores de petates y “tumpiates”, como para quienes se dedicaban a abastecerlos de materia prima: los conocidos como “tuleros”. Estos últimos cortaban las plantas de tule, en las orillas y aguas adentro, con una herramienta de rozadera. El principal centro de abastecimiento se encontraba en las orillas de la isla de Atitlán, cuyo medio de transporte eran las canoas de palanca. Después de cortar el tule, lo ponían a secar. Ese proceso duraba algunos días, casi una semana y tenía lugar en la misma isla. Luego, los “tuleros” regresaban con manojos amarrados en la parte trasera de sus

canoas o, incluso, flotando sobre esos manojos –para algunos conocidos como “burros”-.

Las principales familias productoras eran las Hernández-Fregoso y Ruiz-Hernández, las cuales se dedicaban de tiempo completo a la producción mientras que el resto combinaba dicha práctica con su servicio en las haciendas. El principal punto de venta era el mismo pueblo: acudían personas de Ameca, Tepic e Ixtlán, aunque también hay quienes preferían cargar su burra y ofrecer su producto en los alrededores y localidades lejanas en Nayarit, Guadalajara y el sur de Jalisco. El trabajo bajo pedido también era común. Intermediarios que revendían los petates en las ciudades más grandes ofrecían a las familias petateras 60 centavos por cada doce petates que elaboraran; sin embargo, los productores preferían la venta directa, ya que podían fabricar cinco petates al día en promedio, los cuales podían ofrecer a un mejor precio.

Entre los usos de lo que se producía podemos mencionar los “tumpiates”, objetos parecidos a lo que actualmente conocemos como costal, que se utilizaban para transportar productos como panocha, plátano, camarón seco y carbón hacia Guadalajara, entre otros lugares; los petates o camas de tepeste, que eran utilizados para acostarse, sentarse, como techos o como tapetes; y los sopladores, que se empleaban para alimentar el fuego.

El oficio, al ser familiar, dictó una regla elemental: el conocimiento del manejo del tule y la elaboración solo se compartía de generación en generación, entre los miembros de la familia. La técnica se adquiría tras la experiencia vivencial, es decir, los más pequeños ayudaban a sus papás en diversas tareas relacionadas con el proceso de elaboración, como sucesores directos del oficio. Uno de los entrevistados enfatizó el hecho de que el proceso no se revelaba con gente externa. La justificación era que así se evitaba generar más competencia en el mercado¹⁴. Sobre el origen del oficio, ninguno de los entrevistados pudo reconocer el momento en que se vuelven petateros. La pregunta les resultó un tanto incomprensible y las respuestas fueron variadas: unos contestaron que desde los tatarabuelos y abuelos, tres generaciones atrás, mientras que otros contestaban: desde “los indios”, es decir, antes de la conquista.

Modelo de elaboración del Petate en San Juanito de Escobedo Jalisco

En el ámbito de este ejercicio, el uso de la cadena operativa resultó un excelente método de proyección. Así se entendió que el proceso se divide en tres momentos: obtención y abastecimiento del tule, tejido de objetos y distribución (Figura 10). Lo que permitió: 1) realizar un estudio de materiales en relación con su producción y uso, 2) sistematizar los datos obtenidos, 3) buscar analogías

pertinentes que, vistas en conjunto, nos aproximan al entendimiento del contexto arqueológico. Mientras que desde el punto de vista tecnológico: 4) resultó un acercamiento a las actividades relacionadas con cada proceso productivo de un objeto, 5) distinguió vínculos entre procesos de diversos objetos, 6) acercó a los productores mismos y la organización de su trabajo, 7) permitió el reconocimiento de los mecanismos reguladores e, 8) inclusive permitió explicar los mecanismos de distribución, uso y consumo.

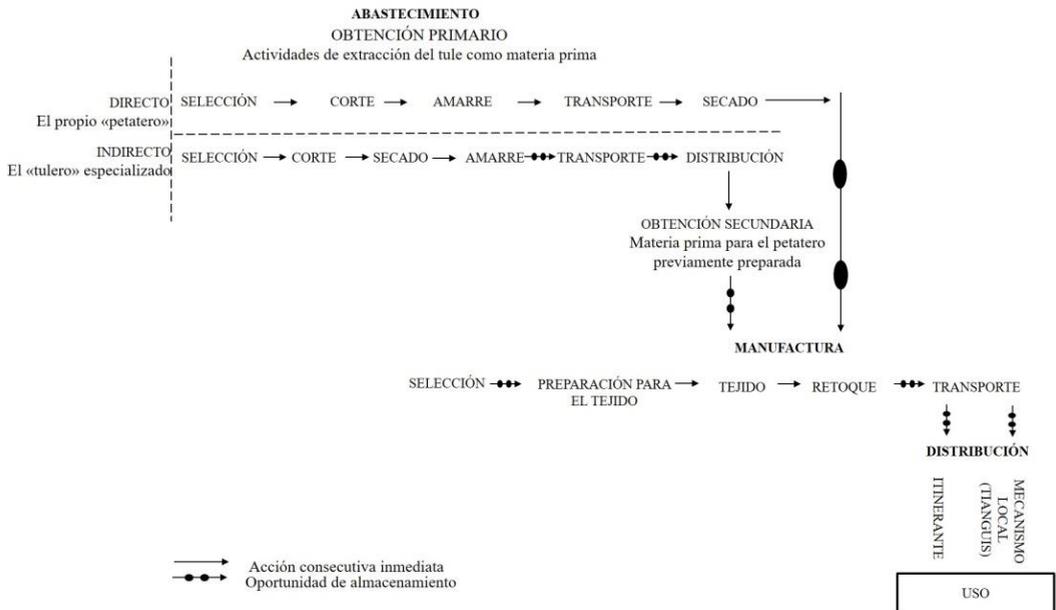


Figura 10. Modelo de flujo para visualizar el ciclo de elaboración del petate en San Juanito de Escobedo. Elaboración de la autora.

INTERROGANTES: ¿EL TEJIDO DE PETATES EN LA REGIÓN VALLES ES UNA ACTIVIDAD MILENARIA ESPECIALIZADA?

La especialización artesanal petatera en vísperas de la desecación fue tal, que se reconocen actividades específicas dentro de los procesos de obtención e intercambio. En el proceso destacan “petateros”, artesanos de tiempo completo o parcial encargados de la manufactura del petate; y “tuleros”, especialistas en la recolección del tule quienes se daban a la tarea de introducirse aguas adentro para extraer la materia prima, secarla, prepararla y distribuirla entre los artesanos, encargados propiamente de la manufactura. También encontramos comerciantes itinerantes, encargados de distribuir los productos en el resto de la región y zonas

circundantes, además de los mecanismos institucionales, como el tianguis y el mercado, que procuraban la distribución del objeto.

Llama la atención el hecho de que los “tuleros” trabajaron en áreas específicas que podemos reconocer como talleres primarios de preparación, es decir, el lugar donde inicia el proceso con las actividades de abastecimiento y preparación de la planta, los cuales se localizan en la isla de Atitlán según los entrevistados. Ahí se cortaba el tule y lo ponían a secar. Los “petateros”, por su parte, trabajaron principalmente dentro de su contexto doméstico, que se consideraban como talleres secundarios por ser la segunda etapa del proceso.

Con estos hallazgos, resulta un tanto aventurado considerar que los instrumentos prehispánicos de obsidiana destinados para cortar encontrados en el Conjunto Especializado de Producción están relacionados con el proceso de producción de petates, pero sí se puede establecer como una primera premisa para una nueva investigación.

Este nuevo supuesto queda abierto para una segunda etapa, en la cual se requerirá de excavaciones extensivas, microscopia de huellas de uso en materiales arqueológicos y el acompañamiento de un trabajo experimental para explicar la hipótesis.

CONCLUSIONES. LA VIDA RELACIONADA CON EL AGUA EN LAS INMEDIACIONES DEL LAGO MAGDALENA

El trinomio analógico entre arqueología, historia y etnografía es fundamental para explicar los procesos sociales en un lugar determinado. Durante la investigación se rastrearon actividades lacustres como la pesca, la caza de aves, la agricultura hidráulica, el aprovechamiento de minerales como la sal y el tejido de fibras, realizadas a partir de los primeros asentamientos humanos y hasta hace aproximadamente 80 años atrás, antes de la desecación antrópica del lago de Magdalena.

El uso de objetos tejidos con la misma técnica para elaborar petates se confirma a partir de 650 d.C., por la evidencia impresa en un tiesto de cerámica recuperado en el sitio arqueológico del Palacio de Ocomo, aunque no podemos descartar que pudieran haber sido utilizados desde siglos anteriores. Las fuentes históricas muestran un paisaje fructífero en cuanto a recursos, entre los que destacaron el consumo de pescado blanco. El rescate del recuerdo colectivo, como últimos herederos del modo de vida que permeó por siglos en el territorio, fue crucial. Destacó el hallazgo de datos desconocidos anteriormente sobre las actividades y fases del proceso de tejido de petates.

La aplicación del modelo de cadena operativa para sistematizar la información dio lectura a los procesos de manufactura en un contexto vivo (Schiffer, 1990); es decir, el espacio, la materialidad y los restos químicos, minerales y orgánicos que estas actividades dejan como evidencia. Asimismo, además de comprender las actividades dentro de un proceso productivo, se reconocieron los mecanismos de distribución, consumo y uso, así como los agentes involucrados en el ejercicio de obtención de materia prima, elaboración y distribución.

Los resultados del ejercicio abrieron nuevos interrogantes que solo podrán resolverse conforme los avances del proyecto arqueológico “Dinámicas Económicas en la Cuenca de Magdalena, Jalisco”, el cual tiene como objetivo explicar el devenir del modo de vida lacustre en la región mediante excavación arqueológica y técnicas de análisis de laboratorio que incluyen análisis morfológico de materiales, muestreo y análisis de pisos y restos orgánicos y químicos, así como microscopia para identificación de huellas de uso y elementos traza sobre los hallazgos recuperados.

AGRADECIMIENTOS

Al Instituto Nacional de Antropología e Historia (ENAH), por la revisión del proyecto y los permisos otorgados para el desarrollo de la investigación; al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT), por el apoyo económico a través de una beca doctoral; así como a la Universidad Nacional Autónoma de México, por la adscripción al programa de doctoral en Estudios Mesoamericanos 2010. A la misma instancia educativa, agradezco por la actual adición del proyecto como parte de los esfuerzos emprendidos desde el Instituto de Investigaciones Antropológicas (IIA-UNAM). Gratifico a los asesores académicos de la investigación: Yoko Sugiura Yamamoto, Mari Carmen Serra Puche, Magdalena García Sánchez, Alejandro Pastrana y Ángeles Olay. Agradezco la confianza y accesibilidad de nuestros entrevistados: José Antonio Domínguez, Ramona Pacheco Delgado, María Ruiz Hernández, mejor conocida por el sobre nombre María La Estrella, Carlos García Delgado y José Cruz Hernández Figueroa; sin su información los datos carecerían de sustento etnográfico. Cabe mencionar que sin la gestión de la maestra Ignacia Hernández Figueroa y el Municipio de San Juanito de Escobedo este proyecto no sería posible. Por la lectura y comentarios del presente documento, a Rafael Torres Meyer, así como a los revisores anónimos y editores de la revista, quienes con su colaboración sostienen estos espacios de difusión académica.

REFERENCIAS

- Beekman, C. y P. Weigand.
2008. Conclusiones, cronología y un intento de síntesis. En Weigand, P., C. Beekman y R. Esparza (eds.) *Tradición Teuchitlán*: 191-134. Colegio de Michoacán, Secretaría de Cultura del Estado de Jalisco. Zamora, Michoacán.
- Binford, L. R.
1962. Archaeology as Anthropology. *American Antiquity* 28 (2): 217-225.
<https://doi.org/10.2307/278380>
- Blanco Morales, E. S.
2010. Informe de excavaciones del Juego de Pelota 2 de Guachimontones. En Weigand, P (dir.) *Informe técnico del Proyecto Arqueológico Teuchitlán Temporada 2009-2010*. El Colegio de Michoacán, AC. La Piedad, Michoacán. Inédito.
- Blanco Morales, E. S.
2018. *El uso de espacio en la isla de Atitlán por más de 1000 años (400 - 1500 dC). Un acercamiento a la vida lacustre en la Región valles de Jalisco*. Tesis de Doctorado. Programa de Doctorado en Estudios Mesoamericanos. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de Guadalajara. Inédita.
- Blanco Morales, E. S.
2019. Los Talleres del taller: El caso de la acumulación de objetos de obsidiana en la Isla de Atitlán en la ex laguna de Magdalena, Jalisco. *Revista digital de difusión arqueológica "Chicomoztoc" 2 (2): 1-39.*
- Brockmann, A.
2004. *La pesca indígena en México*. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas. México, DF.
- Calderón, J. A., R. M. Herrera, M. J. Sarabia, P. E. Pérez-Mallaína, J. Ortiz de la Tabla, J. J. Hernández.
1984. *Cartografía Histórica de la Nueva Galicia*. Universidad de Guadalajara-Escuela de Estudios Hispano-Americanos, Sevilla.
- Costin, C. L.
2000. The use of Ethnoarchaeology for the archaeological study of ceramic production. *Journal of Archaeological Method and Theory* 7 (4): 377-403.
<http://www.jstor.org/stable/20177427>
- David, N. y C. Kramer.
2001. *Ethnoarchaeology in Action*. Cambridge World Archaeology. Cambridge.
- De Lucia, K.
2013. Domestic economies and regional transition: Household multicrafting and lake exploitation in Pre-Aztec Central Mexico. *Journal of Anthropological Archaeology* 32: 353-367.
<https://doi.org/10.1016/j.jaa.2013.05.001>
- Dobres, M. A.
1999. Technology's links and chains: The processual unfolding of the technique and technician. En Dobres, M. A. y C. R. Hoffman (eds.) *The social dynamics of technology: practice, politics, and world views*: 124-146. Smithsonian Institution Press. Washington D.C.
- Domínguez, A.
2005. *El canal y su historia*. Benemérita Sociedad de Geografía y Estadística del Estado de Jalisco, Capítulo Valles. San Juanito de Escobedo, Jalisco.
- Frías-Castro, A., A. Castro-Castro, J. G. González-Gallegos, E. A. Suárez-Muro y F. J. Rendón-Sandoval.
2013. Flora vascular y vegetación del cerro el Tepopote, Jalisco, México. *Botanical Sciences* 91 (1): 53-74.
- Gándara, M.
1990. La analogía etnográfica como heurística: Lógica muestral, dominios ontológicos e historicidad. En Sugiura, Y. y M. C. Serra (eds.) *Etnoarqueología. Coloquio Bosch-Gimpera*: 43-82. Instituto de Investigaciones Antropológicas. UNAM. México, D. F.
- García Rosselló, J.
2009. Cadena operativa, forma, función y materias primas. Un aporte a través de la producción cerámica el centro de Chile. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología XXXIV*: 123-148.
- García Sánchez, M.
2008. *Petates, peces y patos. Pervivencia cultural y comercio entre México y Toluca*. El Colegio de Michoacán, CIESAS. Zamora, Michoacán.
- González Romero, R., P. Weigand y A. García.
2000. *El Templo/Convento de la Concepción de Etzatlán, Jalisco y su contexto prehispánico*. Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de Jalisco. Guadalajara, Jalisco.
- González Ruibal, A.
2003. *La Experiencia del Otro. Introducción a la etnoarqueología*. Akal, Madrid.

- Gorenstein, S. y H. P. Pollard.
1983. The Tarascan civilization: A late Prehispanic cultural system. *Anthropology* 28. Vanderbilt University Publications. Nashville.
- Guzmán, N. y H. Cortés.
1937 [1531]. Nuño de Guzmán contra Hernán Cortés, sobre los descubrimientos y conquista en Jalisco y Tepic. *Boletín del Archivo General de la Nación* VIII (3-4). México, D. F.
- Hernando Gonzalo, A.
1995. La Etnoarqueología hoy: una vía eficaz de aproximación al pasado. *Trabajos de Prehistoria* 52-2: 15-30. Madrid.
<https://doi.org/10.3989/tp.1995.v52.i2.415>
- Herrejón, J. y S. Smith.
2004. *Las unidades habitacionales del Posclásico tardío en la zona de Teuchitlán, Jalisco*. Tesis de licenciatura. Universidad Autónoma de Guadalajara. Inédita.
- Kelly, I. T.
1980. *Ceramic sequence in Colima: Capacha an early phase*. Anthropological Papers of the University of Arizona 37. The University of Arizona Press, Tucson.
- Kirchhoff, P.
1960. Mesoamérica, sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales. *Suplemento de la revista Tlatoani* 3. ENAH. México, D. F.
- Kramer, C. (ed.).
1979. *Ethnoarchaeology: implications of Ethnography for Archaeology*. Columbia University Press. Nueva York.
- Lemonnier, P.
1986. The study of material culture today: toward an anthropology of technical systems. *Journal of Anthropological Archaeology* 5: 147-186.
[https://doi.org/10.1016/0278-4165\(86\)90012-7](https://doi.org/10.1016/0278-4165(86)90012-7)
- León Portilla, M.
1982. Los nombres de lugar en náhuatl: su morfología, sintaxis y representación glífica. *Estudios de Cultura Náhuatl* 15: 37- 72.
- Liot, C.
1995. Evidencias arqueológicas de la producción de sal en la cuenca de Sayula. En Reyes, J.C. (coord.) *La sal en México*: 1-34. Universidad de Colima.
- Liot, C.
2005. La cerámica especializada de producción de sal. En Valdez, F., O. Schöndube y J. P. Emphoux (coords.) *Arqueología de la Cuenca de Sayula*: 295-308. Universidad de Guadalajara, Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades, Centro Universitario del Sur, Institut de Recherche pour le Développement. Guadalajara.
- López Austin, A. y L. López Luján.
1996. *El pasado indígena*. El Colegio de México, Fideicomiso Historia de las Américas y Fondo de Cultura Económica. México, D. F.
- López Portillo y Riojas, J.
1891. Introducción Bibliográfica. En *Crónica miscelánea en que se trata de la conquista espiritual y temporal de la santa provincia de Xalisco en el nuevo reino de la Nueva Galicia y Vizcaya*. Vol. II: I-XXIV. Imprenta de la República Literaria. Guadalajara, Jalisco.
- Lumholtz, C. S.
1904. *El México desconocido. Cinco años e exploración entre las tribus de la Sierra Madre Occidental; en la Tierra Caliente de Tepic y Jalisco, y entre los tarascos de Michoacán*. Vol. I, IX. B. Dávalos (trad.) Charles Scribner's Sons. New York.
- Macazaga Orduño, C.
1979. *Nombres geográficos de México*. Cosmos. México, D. F.
- Mauss, M.
1947. *Manuel d'ethnographie*. Payot, París.
- Moreno Toscano, A.
1969. Toponimia y análisis histórico. *Historia Mexicana* 19 (1): 1-10. El Colegio De México.
- Mountjoy, J. B.
2000. Prehispanic cultural development along the Coast of West Mexico. En Foster, M. y S. Gorenstein (eds.) *Greater Mesoamérica: The archaeology of West and Northwest Mexico*: 81-106. University of Utah Press. Salt Lake City.
- Mountjoy, J. B.
2012. *El Pantano y otros sitios del Formativo Medio en el Valle de Mascota, Jalisco*. Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de Jalisco. Guadalajara, Jalisco.
- Munguía, J.
1984. *Nueva Toponimia Náhuatl de Jalisco*. Colección: Temática Jalisciense, 6. UNED. Guadalajara, Jalisco.
- Niederberger, C.
1976. *Zohapilco. Cinco milenios de ocupación humana en un sitio lacustre de la Cuenca de México*. Colección Científica. INAH. México, D. F.

- Noguera, E.
1975. Identificación de un saladera. *Anales de Antropología* 12: 117-151. Universidad Nacional Autónoma de México. México, D. F.
- Parsons, J. y L. Morett.
2005. La economía acuática en el valle de México. Perspectivas arqueológicas, históricas y etnográficas. En Williams, E. (ed.) *Etnoarqueología. El contexto dinámico de la cultura material a través del tiempo*: 127-163. El Colegio de Michoacán. Zamora, Michoacán.
- Paz Jaenike, F. C.
1997. *Atitlán: Los pueblos y el lago*. Editorial Los Gemelos, Universidad de Texas.
- Ramírez Flores, J.
1980. *Lenguas indígenas de Jalisco*. Colección historia: serie documentos e investigación I (1). Gobierno de Jalisco, Secretaría General, Unidad Editorial. Guadalajara, Jalisco.
- Relación de Ameca.
1988 [1579]. En Acuña, R. (ed.) *Relaciones Geográficas del siglo XVI: Nueva Galicia*. Tomo 10: 30-50. Universidad Nacional Autónoma de México. México, D. F.
- Rojas Rabiela, T. (ed.).
1993. *La agricultura chinampera. Compilación histórica*. Universidad Autónoma de Chapingo. México, D. F.
- Schiffer, M.
1990. Contexto Arqueológico y Contexto Sistemático. En *Boletín de Antropología Americana*, 22: 81-93. Instituto Panamericano de Geografía e Historia. México, DF.
- Schöndube, O.
1980. El Horizonte Formativo en el Occidente. En Muría, J. M. (dir.) *Historia de Jalisco*, I (VII): 141-212. Gobierno de Jalisco. Guadalajara, México.
- Serra Puche, M. C.
1986. Sugerencias para la identificación y excavación de un área de manufactura de canastas y petates. En Manzanilla, L. (ed.) *Unidades habitacionales Mesoamericanas y sus áreas de actividades*: 125-133. Imprenta Universitaria. Universidad Nacional Autónoma de México. México, D. F.
- Serra Puche, M. C.
1988. *Terremote-Tlaltenco. Los recursos lacustres de la Cuenca de México durante el formativo*. Colección Posgrado. Coordinación General de Estudios de Posgrado, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM. México, D. F.
- Serra Puche, M. C. y R. Valadez.
1986. Aprovechamiento de los recursos lacustres en la Cuenca de México: Los patos. *Anales de Antropología* 23 (1): 51-58. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Smith, S. M. (dir.).
2012. *2do Informe del Proyecto de Investigación Arqueológica en Oconahua, Jalisco. (Temporada 2011)*. Instituto Nacional de Antropología e Historia, El Colegio de Michoacán. Zamora, Michoacán.
- Stuart, G.
2003. *Prehispanic sociopolitical development and wetland agriculture in The Tequila Valleys of West Mexico*. Tesis doctoral. Philosophy Arizona State University. Inédita.
- Sugiura Yamamoto, Y.
2009. La biografía de un proyecto multidisciplinario: Santa Cruz Atizapán, Estado de México. En Sugiura, Y. (ed.) *La gente de la ciénaga en tiempo antiguos. La historia de Santa Cruz Atizapán*: 13-21. Universidad Nacional Autónoma de México, El Colegio Mexiquense, Instituto de Investigaciones Antropológicas. México, D. F.
- Sugiura Yamamoto, Y. y M. C. Serra Puche.
1983. Notas sobre el modo de subsistencia lacustre. La laguna de Santa Cruz Atizapán, Estado de México. *Anales de Antropología* I: 9-25. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Sugiura Yamamoto, Y. y M. C. Serra Puche.
1990. Significado del espacio: el caso de la producción alfarera del valle de Toluca. En Sugiura, Y. y M. C. Serra Puche (eds.). *Primer coloquio Bosh-Gimpera Sugiura. Etnoarqueología*: 201-218. Universidad Nacional Autónoma de México. México, D. F.
- Sugiura, Y. y O. Silis.
2009. Figurillas, adornos de braseros, pesas de red y su significado en el ritual lacustre. En Sugiura, Y. (ed.) *La gente de la ciénaga en tiempo antiguos. La historia de Santa Cruz Atizapán*: 261-283. Universidad Nacional Autónoma de México, el Colegio Mexiquense, Instituto de Investigaciones Antropológicas. México, D. F.
- Sugiura, Y., E. Zepeda, C. Pérez y S. Kabata.
2010. El desarrollo de un asentamiento lacustre en la cuenca alta del río Lerma: el caso de Santa Cruz Atizapán, México Central. *Arqueología iberoamericana* 5: 5-22.
<https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=35118470005>

- Sullivan, T.
1998. *Compendio de la Gramática Náhuatl*. Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Autónoma de México. México, D. F.
- Tello, A.
1891. *Crónica miscelánea en que se trata de la conquista espiritual y temporal de la santa provincia de Xalisco en el nuevo reino de la Nueva Galicia y Vizcaya*, II. Imprenta de la República Literaria. Guadalajara, Jalisco.
- Vega Hernández, J.
2002. Hondas y boleadoras en la América Hispana. *Anales del Museo de América* 10: 113-136. Madrid.
- Vela, E.
2020. La cestería en México. *Arqueología Mexicana*, Edición especial 91: 10-69.
- Weigand, P. C.
1994. Obras hidráulicas a gran escala en el Occidente de Mesoamérica. En Williams, E. (ed.) *Contribuciones a la arqueología y etnohistoria del Occidente de México*: 227-277. El Colegio de Michoacán. Zamora, Michoacán.
- Weigand, P. y A. García.
1996. *Tenamaxti y Guaxicar. Las raíces profundas de la rebelión de Nueva Galicia*. El Colegio de Michoacán, Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de Jalisco. Zamora, Michoacán.
- Williams, E.
1994. Organización del espacio doméstico y de producción de cerámica en Huáncito, Michoacán. En Williams, E. (ed.) *Contribuciones a la arqueología y etnohistoria del Occidente de México*: 189-225. El Colegio de Michoacán. Zamora, México.
- Williams, E.
1999. The ethnoarchaeology of salt production at Lake Cuitzeo, Michoacán, México. *Latin American Antiquity* 10 (4): 400-414.
<https://doi.org/10.2307/971964>
- Williams, E.
2005. La pesca, la caza y la recolección en el Lago de Cuitzeo, Michoacán. En Williams, E. (ed.) *Etnoarqueología. El Contexto dinámico de la cultura material a través del tiempo*: 165-193. El Colegio de Michoacán. Zamora, México.
- Williams, E.
2014. *Gente del agua. Etnoarqueología del modo de vida lacustre en Michoacán*. El Colegio de Michoacán. Zamora, Michoacán.
- Williams, E.
2020. The land of fish: reconstructing the Ancient aquatic lifeway in Michoacán, Western Mexico. *Ancient Mesoamerica*: 1-36.
<https://doi.org/10.1017/S0956536120000115>

¹ El tule es una planta acuática expuesta nativa del norte de América. Las especies con mayor población en la región son: *Schoenopletus tabernaemontani*, *Typha latifolia* y *Typha dominguensis* y se les nombra comúnmente: tule ancho o tule palma, tule redondo, tule grande y tulillo. En México ha sido utilizada desde tiempos antiguos para la elaboración de objetos formados con el tejido de sus hojas y tallos (Blanco Morales, 2018; García Sánchez, 2008).

² Objeto plano rectangular o cuadrado de medidas variadas que se forma con el tejido del tule. Tradicionalmente es usado para dormir o como tapete sobre el piso, sin embargo existen otros usos relacionados con la construcción, el moldeado de cerámica, entre otros (Blanco Morales, 2018; Serra Puche, 1986).

³ Término cultural asignado y conceptualizado por Kirchhoff en 1943, con base en 43 rasgos culturales exclusivos, compartidos y ausentes en los grupos que habitaban el territorio a la llegada de los españoles (Kirchhoff, 1960). Territorialmente se limita al norte desde la desembocadura del Río Sinaloa hasta la boca del Río Pánuco, en el Golfo de México; y al Sur con el golfo de Nicoya y concluye en el Río Managua (Kirchhoff, 1960). El territorio mesoamericano a su vez se subdivide tradicionalmente en cinco subáreas culturales: Sureste, Golfo, Oaxaqueña, Valles Centrales y Occidente, y posteriormente se añade la Expansión Norteña (Schöndube, 1980). Todos los grupos asentados en estas, están ligados por un intercambio constante de bienes, conflictos, ideas, pero principalmente por compartir la práctica agrícola como actividad económica principal (López Austin y López Luján, 1996).

⁴ Se trata del proyecto arqueológico “Dinámicas Económicas en la Cuenca de Magdalena, Jalisco”, del cual soy responsable como investigadora del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México (IIA-UNAM).

⁵Conjunto de tuestos depositados formando un montículo. Catherine Liot los describe, según las evidencias de la Cuenca de Sayula, como montículos de desecho de salitre que se acumulan después del lavado de costras salitrosas (Liot, 1995:1-2).

⁶Montículo de tierra lixiviada, es decir, tierra suelta que se generan como resultado de la explotación y extracción de la sal (Noguera, 1975:117).

⁷Temporada de campo 2020 del proyecto arqueológico Dinámicas económicas en la Cuenca de Magdalena, Jalisco. Febrero y marzo del año 2020.

⁸Espacios destinados al comercio de bienes. Antiguamente en Mesoamérica se trataba de lugares generalmente abiertos cerca de los centros ceremoniales. Ahí se podían obtener diversos recursos a través del trueque.

⁹Definidos como “a barrios” por Weigand, quien los diferencia de la organización típica de barrios porque presentan un patrón de asentamiento disperso (González Romero et al., 2000:17).

¹⁰La *Relación de Ameca*, de 1579 [1988], es uno de los 10 tomos que forma la colección. Fue escrita en 1579 por el Alcalde Mayor Antonio de Leiva y el escribano de juzgado Pedro de Moras.

¹¹El ejercicio se realizó con seis adultos mayores, entre los 60 y 102 años de edad, locatarios del actual pueblo de San Juanito de Escobedo. Entre ellos participaron el cronista municipal, José Antonio Domínguez; la señora Ramona Pacheco Delgado, miembro de una de las más reconocidas familias de petateros; la señora María Ruiz Hernández, mejor conocida con el sobrenombre María La Estrella, quien rebasa los 100 años de edad y es la mujer más longeva de San Juanito de Escobedo; el señor Carlos García Delgado; y el señor José Cruz Hernández Figueroa, quien apenas vivió una pequeña parte de su niñez con la laguna pero basó sus narraciones en los relatos de sus padres y algunos recuerdos de la infancia.

¹²Los nombres de las especies que se lograron identificar están basados en animales silvestres y migratorios, así como flora nativa y endémica que han sido reportadas en la región.

¹³Sopladores tejidos de tule.

¹⁴Este fenómeno resultó interesante cuando notamos que, al momento de la entrevista, cuando se les solicitaba que mostrarán cómo lo hacían, todos se mostraron incómodos, cosa que no sucedió con el resto de las preguntas y, de hecho, coincidieron en decir que ya les era imposible replicar el proceso.